

Siete Horizontal: 'Que no se debe ni puede sufrir o soportar'.

Once letras. Veamos... In-so-por-ta-ble. Doce. In-su-fri-ble. Diez. Vaya, hombre...

Se abrió entonces la puerta, dejando en suspenso mis cavilaciones, y lentamente apareció el rostro de Adolfo, luciendo su eterna semisonrisa y su bigotito a lo Clark Gable.

-El domingo nos toca... ¡guar-día! -dijo, como si estuviera radiando un anuncio de pasta dentífrica.

Y se me quedó mirando, quizá esperando que yo le riese la gracia. Pero me limité a gruñir un ¡oh, no! rabioso.

-Lo siento en el alma, pero no hay más remedio -añadió.

-¿Otra vez, Adolfo? Pero ¿otra vez? ¡Esto es vergonzoso! ¡Francamente vergonzoso!

-Hombre...

-¡Ni hombre, ni nada! ¿Qué clase de ejército tercermundista es éste, en el que los oficinistas y los furrieles tienen que hacer guardias? ¡A ver! Y además, en domingo.

-¡Mira que te lo he explicado veces! Hay escasez de cabos y los servicios siguen siendo los mismos...

-¡Excusas! Estoy seguro de que el espíritu castrense es contrario a que la distribución de guardias se encuentre mediatizada por la ley de la oferta y la demanda.

Adolfo me miró de soslayo.

-Chico, cuando te pones a hablar raro no hay quien te entienda. Yo lo único que sé es que mientras no llegue el siguiente reemplazo, no cuento con suficiente gente para cubrir los servicios.

-Esto es lo nunca visto. Estas cosas sólo ocurren en el ejército español. Cuanto más veteranos, más puteados. ¿Sabes cuántas guardias hice mientras fui un simple soldado de segunda? ¿Eh? ¿Lo sabes?

-Claro que lo sé. Me lo has contado treinta veces.

-¡Una! Una única, tranquila y solitaria guardia, en un apacible día de comienzos de primavera, sin frío ni calor y con el mejor de los turnos. Sin un solo sobresalto. Hasta la recuerdo con cariño, fíjate lo que son las cosas. Además, por ella me libré de una marcha nocturna. Y no de una cualquiera, sino de aquella en la que al comandante Gutiérrez se le paró el reloj y no se dio cuenta hasta que se hizo de día. ¡Madre, qué risa!

-Es que tú debes de ser el soldado que menos guardias ha hecho desde la fundación de Melilla por los cartagineses.

-Lo era -afirmé con orgullo-. Ostentaba tan honroso récord hasta que nos dieron a ti y a mí los galones de cabo. Porque desde que soy cabo, cabo oficinista para más recochineo, ¿sabes cuántas guardias me he chupado?

Adolfo levantó la vista al techo.

-A ver... ¿Cinco, quizá?

-¡Cinco, sí señor! O sea que, con ésta, ¡media docenita! Y todas en domingo.

Adolfo abrió los brazos en un gesto de resignación.

-Venga, hombre, que no es para tanto. A la gente le gusta salir a la calle el domingo y a nosotros nos da igual. Al fin y al cabo, tú y yo salimos todos los días. Además, las guardias de domingo siempre son las más tranquilas, que es lo importante. Por eso las reservo para nosotros.

-No, si aún te lo tendré que agradecer... Al menos, nos habrás metido en la puerta sur.

-Sí, hombre, sí. Puerta sur. Y lo mejor: ¿a que no sabes a quién tendremos como suboficial?

-Si no es Marilyn Monroe, me da exactamente igual.

-¡Al sargento Moreno! ¿Contento?

-¡Radiante de alegría! ¿No me ves, dando saltos?

-Pues no me negarás que Moreno es de lo más legal que se puede encontrar en este grupo.

Al menos, sobre eso no había la menor duda.

-De acuerdo, de acuerdo -concedí-. Me has convencido. Te reservo en mi agenda el domingo entero, ¿contento?

De pronto, al hacer aquella broma, me vino la luz. Por un breve instante sentí que se me paraba el pulso.

-¡Un momento! -grité entonces, cuando ya Adolfo abandonaba la oficina-. ¡Un momento! ¿Y la cita que teníamos el domingo en la playa con aquellas dos gemelas? A hacer puñetas, ¿no?

Adolfo abrió los brazos en un claro gesto de impotencia.

-La patria es lo primero, ya sabes.

-Pero, pero... ¡Te mato! ¡Te mato, maldito irresponsable! ¿Cómo es posible que antepongas la seguridad nacional a la posibilidad de ligar con aquellos dos monumentos? ¿Dónde está tu sentido de la dignidad?

-Hala, no seas plomo. Iremos a la playa el sábado en lugar del domingo. Seguro que estarán allí de todos modos. Y, en cualquier caso, te recuerdo que fui yo quien se tomó la molestia de ligar con ellas, ¿no? Pues si ahora arruino el plan, piensa que no has perdido nada. Adolfo te lo dio, Adolfo te lo quitó.

-Lo que hay que oír...

El furriel levantó las cejas a modo de despedida.

-Me voy a la furrielería, a ver si cuento las cantimploras, que creo que ha desaparecido una.

-Ya. Cuidado no te hernies, furrielona...

-Y tú no te ensucies con el papel carbón, secretaria.

Cuando Adolfo cerró la puerta de la oficina, me vino a la mente la palabra, como un flash súbito y rabioso: in-to-le-ra-ble. Once letras. Ni más ni menos.

Ni que decir tiene que no encontramos el sábado a las gemelas de la playa, maldita sea mi estampa.

Y el domingo, botas relucientes, ropa limpia de faena, cetme impecable, los cuatro cargadores grandes a la cintura, el pequeño en el fusil, machete y treinta y cuatro grados a la sombra. Bieeen...

Al menos, como decía Adolfo, prometía ser una guardia tranquila, típica de domingo: en la puerta sur, por la que casi nadie entraba ni salía; con Adolfo como compañero; con el sargento Moreno como suboficial... En definitiva, una guardia *perita*. Aburrida, claro, pero sin problemas, que es lo importante.

Y, efectivamente, así fue durante toda la mañana. Y a la hora de comer. Y durante el tiempo de la añorada siesta.

Pero, a las cuatro y media de la tarde, minuto arriba o abajo, la tranquilidad se hizo añicos y empezaron los tiros.